

alta y abiertamente el asesinato no deberían disfrutar de los beneficios de la hospitalidad..... También hablamos de las diversas tentativas que se habían hecho contra mí misma, observando que los atentados contra una mujer eran más atroces aún. En cuanto al emperador, creía, como su tío, que una conspiración conocida de antemano no ofrece ningún peligro; pero que cuando un fanático os ataca, haciendo el sacrificio de su vida, no se puede tomar contra él ninguna precaución. Después se habló de la falta de libertad que sufrimos en nuestra posición: el emperador dijo que á la emperatriz le afectaba esto mucho, y que llamaba á las Tullerías una hermosa prisión. También pensaba él así, y añadió: «He llorado á lágrima viva cuando salí de Inglaterra.»

Después de comer, la reina habló con el mariscal Vaillant, siempre muy opuesta á la marcha del emperador á Crimea, y al fin dijo: «He osado hacer algunas observaciones. — ¡Osado, osado!, replicó el mariscal; V. M. está interesada en la misma empresa, señora, y es preciso hablar claramente.»

Para impedir que Napoleón III fuese á Crimea había, pues, el más perfecto acuerdo entre Inglaterra y los ministros franceses. Estos últimos creían que el Imperio no estaba suficientemente consolidado aún para que el soberano pudiera exponerse á tan lejana aventura. En cuanto á Inglaterra, decíase que si el emperador se presentaba ante las tropas, ejercería por causa de su condición de soberano una verdadera hegemonía, y esto era una perspectiva desagradable para el amor propio británico.

La noche del 17 de abril terminó en el castillo de Windsor con un gran concierto con orquesta.

Jueves, 19 abril. El emperador y la emperatriz no debían permanecer ya en Windsor más que algunas horas. La antevíspera, el lord alcalde y los *aldermen* (concejales) habían ido á presentar el mensaje de la ciudad de Londres y á invitarles al banquete que la Cité les ofrecía para el jueves 19. En la mañana de este día el emperador dijo á la reina: «Si V. M. lo permite, voy á leerle mi contestación al mensaje de la Cité, para que me diga si tiene algunas observaciones que hacer. Debo leer en inglés, y ruego á V. M. que me indique las faltas de pronunciación que haya cometido.» A la reina le pareció el discurso admirable y la pronunciación excelente.

A las once de la mañana SS. MM. II. salieron de Windsor con la reina y el príncipe Alberto. Esta marcha dejó una impresión de tristeza en el ánimo de S. M. Británica. Los guardias, con uniforme de gala, estaban de pie en la escalera, y la música militar tocaba *En marcha para Siria*. «Yo estaba melancólica, ha dicho la reina, y preguntábame cuál sería el porvenir. He sabido que también á la emperatriz la entristecía abandonar Windsor.» Y la reina, que no conocía la pasión de los celos, natural en tantas otras mujeres, añadía: «Me felicito al ver cuánto la admira Alberto.»

XXXIV

LONDRES

La recepción que la ciudad de Londres preparaba al emperador le colmaba de alegría, porque Inglaterra y su capital eran para él objeto de verdadera predilección. Procedente de Nueva York y dirigiéndose á Suiza para ver á su madre moribunda, había pasado algunos días en Londres en 1837; y desterrado después de Suiza, volvió á Inglaterra, donde residió dos años, desde el 26 de octubre de 1838 hasta el 4 de agosto de 1840, día en que se embarcó para su funesta expedición de Boulogne. Por último, después de evadirse de la fortaleza de Ham, había llegado á Londres el 25 de mayo de 1846, y habitó en esta ciudad hasta el 23 de septiembre de 1848, día en que marchó á París para ocupar su puesto como diputado en el palacio Borbón, antes de instalarse en el Elíseo como Presidente de la República. Así, pues, durante cuatro años había sido huésped de los ingleses, familiarizándose así en este tiempo con sus costumbres y su lenguaje, el cual hablaba sin que se le conociese apenas el acento francés. Entonces no se le recibía en la corte, ni había hablado jamás con la reina ni con el príncipe Alberto; pero supo crearse relaciones con varios personajes notables de la sociedad británica, á los que había manifestado simpatías muy recíprocas. Agradecía á los ingleses que le hubieran dado un asilo que le permitió después conquistar el poder supremo, y la prueba de su afición á Inglaterra es que este fué el país que prefirió á todos los demás para fijarse en él después de perder la corona.

El 19 de abril de 1855 fué seguramente uno de los días más brillantes de la vida del emperador. Cuando llegó á Londres, á mediodía, con la emperatriz, la reina y el príncipe Alberto, fué saludado con demostraciones de entusiasmo y frenéticas aclamaciones; y una multitud inmensa se agolpaba al paso del cortejo, que se encaminó hacia el palacio de Buckingham. El emperador y la emperatriz permanecieron poco tiempo en este palacio, y marcharon solos á la Cité. El lord-alcalde, los concejales y las más altas notabilidades de Inglaterra los esperaban en Guildhall.

Situada en la Cité, en la extremidad de King Street, Guildhall es la Casa Ayuntamiento, el punto de reunión de los *guildes* ó corporaciones. La hermosa fachada del lado de King Street fué construída en 1789, y sobre la entrada se ven las armas de la Cité con la divisa: «Señor, guíadnos; *Domine, dirige nos.*»

La gran sala, *great hall*, mide cuarenta y seis metros de longitud por quince de ancho y diez y ocho de altura. Allí es donde el 9 de noviembre de cada año se da el gran banquete que el nuevo lord alcalde ofrece á las autoridades con motivo de su entrada en funciones, y al que siempre se invitan unas mil personas. En esta sala es donde los ministros pronuncian discursos importantes.

Una innumerable multitud se había situado al paso del emperador y de la emperatriz, y se vendían á miles sus retratos y las medallas conmemorativas de su visita. La reina Victoria y el príncipe Alberto, que habían permanecido en el palacio de Buckingham, no dejaron de estar inquietos por sus huéspedes durante el trayecto á Guildhall; y lo ocurrido en París nueve días después demostró que tales alarmas no eran infundadas. Pero en Londres no sucedió nada enojoso; los refugiados políticos, á quienes se vigilaba de cerca, no intentaron ninguna manifestación hostil, y sus jefes habían salido de la ciudad, bien por prudencia, ó ya por no presenciar un espectáculo que les desagradaba. Nada turbó, pues, la fiesta; el tiempo era magnífico y el entusiasmo general. Desde el momento en que se comprendía bien que Francia, combatiendo tan sólo por las ideas, no pensaba en agrandar su territorio, sus triunfos no despertaban las envidias hereditarias. Todos los temores relativos á un desquite de Waterloo se habían disipado; el espectro de la alianza franco-rusa, que tanto atemorizara á Inglaterra bajo el reinado de Napoleón I, en el momento de la entrevista de Tilsitt, y en la época de la restauración, á fines del reinado de Carlos X, se había desvanecido. Los ingleses, aclamando y festejando á Napoleón III, se entregaban, pues, á los arrebatos de una verdadera alegría.

Llegados á Guildhall, el emperador y la emperatriz fueron conducidos á la gran sala donde se dió el banquete. Habiendo pronunciado el lord alcalde algunas palabras llenas de admiración y de respeto, el emperador contestó en inglés, en medio de un silencio profundo: «Milord: Después de la cordial acogida que la reina me ha dispensado, nada podía conmoverme más que los sentimientos que en nombre de la Cité de Londres acabáis de expresar á la emperatriz y á mí, pues la Cité de Londres representa cuantos recursos hay, así para la civilización como para la guerra, en un tráfico que abraza el universo. Por lisonjeros que sean vuestros elogios, los acepto, porque se dirigen más bien á Francia que á mí mismo.»

Napoleón III pronunció después algunas palabras muy propias para herir la fibra nacional de sus oyentes: «En cuanto á mí, he conservado en el trono para el pueblo inglés los sentimientos de aprecio y simpatía que le profesaba en el destierro, cuando disfrutaba aquí de la hospitalidad de la reina, y si he conformado mi conducta á mi convicción, es porque el interés del país que me había elegido, así como el de la civilización entera, me imponían este deber.... Nuestras dos naciones son aún más fuertes por las ideas que representan que por los batallones y los barcos de que disponen.» Los ingleses, encantados de oír hablar tan bien su lengua á un Napoleón, aplaudieron con entusiasmo.

El emperador terminó así su discurso: «Agradezco mucho á la reina que me haya proporcionado esta ocasión solemne de expresar mis sentimientos y los de Francia, de los cuales soy intérprete; y os doy gracias en mi nombre y en el de la emperatriz por la franca y entusiasta cordialidad con que nos habéis recibido. Llevaremos á Francia la impresión profunda que deja en las almas, propias para comprenderle, el espectáculo imponente que presenta Inglaterra, donde la virtud en el trono dirige los destinos del país, bajo el imperio de una libertad sin peligro para su grandeza.»

El emperador, con uniforme de general, el gran cordón de la Legión de Honor y la cinta y la estrella de la orden de la Jarretiera, pronunció su discurso con voz clara y sonora, y el efecto que produjo fué inmenso. La belleza de la emperatriz, que llevaba con exquisita gracia un vestido de seda verde, adornado de blondas blancas, y sombrero de crespón blanco con plumas, excitaba gran admiración. SS. MM. visitaron Guildhall. Se habían reunido en una de las salas los retratos de la familia Bonaparte, y al reconocer el de su madre, Napoleón III exclamó: «¡He aquí una delicada atención!»

Desde Guildhall SS. MM. II. se dirigieron á la embajada de Francia, donde les fué presentado el cuerpo diplomático, y regresaron al palacio de Buckingham á las seis y media. El día fué una verdadera serie de ovaciones.

En honor de Napoleón III y de la emperatriz se dió por la noche una representación de gala en el teatro de Covent-Garden, poniéndose en escena *Fidelio*. Las calles de las inmediaciones se habían iluminado, viéndose por todas partes las letras N. E. (Napoleón, Eugenia) y V. A. (Victoria, Alberto). El emperador observó, al pasar, que aquellas cuatro letras reunidas formaban la palabra Neva. Tan compacta era la multitud que se aglomeraba delante del teatro, que á los espectadores les costó mucho penetrar en él. La reina tomando la mano del emperador, y el príncipe Alberto la de la emperatriz, se inclinaron en el palco para saludar al público, que contestó con una tempestad de aplausos. Jamás se había visto una función tan brillante.

El día siguiente era el 20 de abril, aniversario del nacimiento del emperador, que había nacido en dicho día del año 1808; de modo que contaba cuarenta y siete años. La reina le felicitó, ofreciéndole un pequeño lapicero de oro, y después todos fueron á visitar el palacio de Cristal en Sydenham. El emperador se interesó tanto más en el examen de este edificio cuanto que él mismo preparaba en París una exposición internacional.

El sábado, 21 de abril, era el día señalado para la marcha de SS. MM. II. El emperador escribió en el álbum de la reina: «Atestiguo á V. M. los sentimientos que se experimentan por una reina y una hermana, abnegación respetuosa y tierna amistad.» Después de trazar esta frase, añadió: «He procurado escribir lo que siento.»

En las despedidas reinó la mayor cordialidad. Después de expresar con efusión su agradecimiento por la acogida que se le había dispensado, el emperador

dijo á la reina: «¿No vendrá V. M. á París este verano, si puede hacerlo?» La reina contestó: «Ciertamente, á menos que mis deberes públicos me lo impidan.» El emperador repuso: «Doy á V. M. además gracias por el lapicero que ha tenido á bien regalarme con motivo de mi cumpleaños. Haber pasado este día junto á V. M. me traerá buena suerte.» En el momento de la separación había lágrimas en los ojos. La música militar tocaba el aire nacional francés *En marcha para Siria*. Eran las diez y media de la mañana.

El emperador y la emperatriz, conducidos por el príncipe Alberto y el duque de Cambridge hasta Dover, fueron saludados por las salvas de todos los cañones de la escuadra inglesa empavesada, y se embarcaron con muy buen tiempo. A las tres y media llegaban á Boulogne, y á las seis de la tarde á París. Al día siguiente, 23 de abril, el *Moniteur* anunciaba su regreso, publicando al mismo tiempo este parte del general Canrobert: «Delante de Sebastopol, 17 de abril. Nuestro fuego continúa conservando la superioridad sin prodigar las municiones. Hasta ahora el ataque se ha hecho particularmente por la artillería; mas los ingenieros combinan sus esfuerzos, practicando caminos que nos acercan á la plaza. Estos trabajos progresan con regularidad á pesar de las dificultades del terreno.»

He aquí cómo durante toda aquella guerra de Crimea, las orquestas de los bailes de París y de Londres alternaron con el estrépito espantoso del bombardeo de Sebastopol. El aspecto de las cosas es á la vez lúgubre y alegre; esa mezcla de hecatombes y fiestas es un verdadero contraste de los que Shakespeare pinta.

En el momento mismo en que el emperador regresaba muy contento de su viaje á Inglaterra, un fanático meditaba asesinarle en medio de su triunfo.

XXXV

EL ATENTADO DE PIANORI

El sábado 28 de abril de 1855, en un hermoso día de primavera, el emperador había montado á caballo para ir desde las Tullerías al bosque de Boulogne por la avenida de los Campos Elíseos. Llevando á la derecha al coronel Edgardo Ney, su ayudante de campo, y á la izquierda al coronel Velabregue, caballerizo comandante, hallábase ya á la altura del Castillo de las Flores, cuando un individuo bien vestido, saliendo de la acera de la derecha, adelantóse por la calzada hacia el soberano, que le tomó por un solicitante deseoso de entregar un memorial. Pero no era una petición lo que aquel hombre llevaba en la mano, sino una pistola, de la cual quería servirse para matar al emperador. La presencia del coronel Edgardo Ney le obligó á colocarse casi de frente, y en esta posición disparó el primer tiro, pero sin resultado. Como el coronel Ney se acercó rápidamente al hombre, éste cambió la dirección del segundo tiro, que no dió mejor resultado que el primero. Los agentes se arrojaron sobre el asesino y le detuvieron. Eran las cinco de la tarde.

Impasible como de costumbre, el emperador no manifestó la menor emoción; tranquilizó con la mayor calma á la multitud que se agolpaba á su alrededor, y sin cambiar de paso prosiguió sereno su paseo hasta el bosque de Boulogne, donde se reunió con la emperatriz, que en coche le había precedido un cuarto de hora. Gran número de jinetes y de amazonas que paseaban á caballo por el bosque formaron espontáneamente una escolta, con la que el emperador regresó á las Tullerías. Yo estaba entonces en los Campos Elíseos, y recuerdo haberle visto pasar así en medio de las aclamaciones. La emperatriz seguía en coche, pálida y profundamente conmovida, y con frecuencia se llevaba el pañuelo á los ojos.

Al entrar en las Tullerías SS. MM. encontraron al rey Jerónimo, al príncipe Napoleón, á los demás individuos de su familia, á los jefes militares, á los oficiales y las damas de palacio, y á un considerable número de otras personas, que, informadas del hecho, se habían apresurado á ir á saludar al emperador. «Bien veis, dijo sonriendo, que no es cosa tan fácil matarme.» Por la noche fué con la emperatriz al teatro.

Un testigo ocular, el conde Horacio de Vieil-Castel, ha escrito en sus Memorias: «He presenciado por la noche, á eso de las nueve, la llegada de los co-

ches imperiales al teatro de la Ópera Cómica, y debo decir que si leyese lo que he visto, no lo creería, acusando más bien á los diarios de aduladores. Los gritos de «¡Viva el emperador!» resonaban como salvas de artillería, prolongándose á lo lejos, y la emoción era general; hasta he visto á varias personas llorar en el teatro. La emperatriz estaba pálida y preocupada á pesar de sus esfuerzos para aparentar serenidad. Al regresar SS. MM. han sido acogidos con las mismas ovaciones, y á su paso las casas resplandecían con las iluminaciones.»

Al día siguiente, domingo, 29 de abril, el emperador recibió en el palacio de las Tullerías al nuncio y al cuerpo diplomático, que se presentaron en nombre de sus soberanos para expresarle la indignación que les había causado el atentado contra su vida, felicitándole al mismo tiempo por su salvación providencial.

Después fueron recibidos los senadores, y el presidente del Senado se expresó así: «Bendigamos, señor, la admirable lógica que preside á los decretos de la Providencia. Ha querido que vuestro trono se elevase como una muralla entre Francia y las revoluciones, y quiere, por lo tanto, que las facciones no puedan impedirnos llevar á cabo la gran misión de que dependen los destinos de Europa y el porvenir de la civilización.»

Napoleón III contestó: «Doy gracias al Senado por los sentimientos que acaba de manifestarme. Nada temo de las tentativas de los asesinos, pues hay hombres que son instrumentos de los decretos de la Providencia, y mientras yo no haya cumplido con la misión que me impuse, no corro ningún peligro.»

SS. MM. pasaron después á la capilla del castillo y oyeron misa, á la cual asistió el rey Jerónimo. Después de vísperas se cantó un *Te Deum* en todas las parroquias de París.

El emperador, bien seguro de los sentimientos del pueblo francés respecto á su persona, manifestó el deseo de que no le dirigieran ningún mensaje los consejos municipales ni las autoridades, pareciéndole que ante la indignación pública era inútil toda manifestación oficial.

La población acudió en tropel á todas las iglesias de Francia para dar gracias á Dios por haber salvado al soberano. La emoción fué profunda en el extranjero, sobre todo en Londres, donde algunos días antes se había hecho á Napoleón III tan magnífica acogida. El conde Walewski, embajador de Francia en Londres, escribía á M. Drouyn de Lhuys en 30 de abril: «Me faltan palabras para expresar fielmente la impresión producida aquí por el abominable atentado contra la preciosa vida de S. M. La reina y S. A. R. el príncipe Alberto se han apresurado anteayer á encargarse á lord Cowley, por telégrafo, que exprese al emperador cuán profundo era su pesar. Apenas recibida la noticia, lord Clarendon me escribió también que no podía menos de estremecerse al pensar en los peligros á que toda Europa acababa de estar expuesta. Todo el cuerpo diplomático ha venido ayer á inscribirse en la embajada, y los diarios de todos los matices se afanan á porfía en manifestar la impresión general. El cardenal Wi-

seman me ruega que haga llegar á manos de S. M. la carta adjunta, y manifestándome todo el horror que le inspira el horrible atentado, me anuncia que se celebrará un *Te Deum*, en el que oficiará él mismo, en la capilla francesa, can-



Mazzini

tándose con este motivo el *Domine, salvum fac imperatorem*. Advertiré á V. E. que ésta será la primera vez que se habrá cantado el *Domine, salvum*, desde que la capilla dejó de depender de la embajada, es decir, desde 1830.»

Por lo pronto no se supo nada cierto sobre el verdadero nombre del asesino. Desde luego se creyó, juzgando por un pasaporte falso, que se llamaba Antonio Laverani; pero muy pronto se supo que su verdadero nombre era Juan Pianori; que, natural de los Estados Romanos, tenía veintiocho años, y que era za-

patero de profesión. En un bolsillo se le encontró otra pistola y un puñal. Interrogado sobre el móvil de su crimen, contestó: «He obrado así porque el emperador ha hecho la campaña de Roma, arruinando á mi país.» Pianori era uno de esos sectarios que no perdonaban á Napoleón III la expedición de 1849, aunque tal vez fué más bien obra de su ministerio y de la Asamblea nacional que no suya. El asesino pretendió no haber tenido ningún instigador. Sin embargo, se consiguió averiguar que llegaba de Inglaterra, y se descubrió en Londres al armero que le había vendido las pistolas.

En Londres se hallaba el foco de todas las conspiraciones de que el emperador fué objeto. La capital de Inglaterra era entonces el cuartel general de los refugiados italianos, que tenían por jefe á Mazzini y por programa el asesinato del soberano francés. La idea de eliminar al emperador para hacer lo mismo con el Papado persistió sin cesar en el cerebro de aquellos fanáticos, que consideraban la dinastía napoleónica como guardiana natural de la soberanía pontificia. M. A. Granier de Cassagnac ha dicho con este motivo: «Los hechos probaron bien que esta teoría de la solidaridad del Papa y del Emperador no era absolutamente vana, pues la caída del uno entregó al otro á los proyectos de sus enemigos.»

Habiéndose detenido al culpable en flagrante delito, y no teniendo nada que negar, el proceso pudo elevarse á plenario el 7 de mayo, es decir ocho días después del crimen. Pianori compareció ante el tribunal de los Assises, fué condenado á muerte y ejecutado. Su crimen debía ser la señal de otras tentativas, de las cuales algunas, evitadas á tiempo, no tuvieron ni siquiera principio de ejecución, mientras que otras pusieron al emperador en inminente peligro de muerte. Todas debían ser organizadas en Inglaterra, teniendo por inspirador á Mazzini, quien creía que para tener probabilidades de éxito los conspiradores debían ser en número muy reducido. Por eso no enviaba generalmente á Francia más que uno, dos ó cuatro asesinos cuando más. La policía francesa, siempre alerta, espiaba con gran celo, y el emperador, sin que él mismo lo sospechase, era vigilado día y noche por agentes fieles encargados de seguirle paso á paso para evitar los golpes que le amenazaban.

Fatalista é inaccesible al temor, Napoleón III, con la calma imperturbable que no le abandonaba nunca, ni siquiera pensaba en los atentados y arrostrábalos con la indiferencia de un soldado intrépido en el campo de batalla; pero la emperatriz experimentaba por la vida de su esposo inquietudes que entristecieron sus más hermosos días.

Los consejeros del emperador se aprovecharon de la emoción producida por el atentado de Pianori para suplicar una vez más al soberano que no fuese á Crimea, y el proyecto de marcha se aplazó indefinidamente.

XXXVI

M. DROUYN DE LHUYS

Mientras que Napoleón III hacía su viaje triunfal por Inglaterra, y de regreso á París se libraba de una manera providencial del atentado del sectario italiano, precursor de otros asesinatos, su ministro de Negocios extranjeros, M. Drouyn de Lhuys, se hallaba en Viena, donde en una conferencia en que tomaron parte los representantes de Austria, Inglaterra, Francia, Rusia y Turquía, hizo loables esfuerzos para el restablecimiento de la paz.

Nacido en 1805, ese hombre de Estado contaba entonces cincuenta años y tenía gran reputación como diplomático. Agregado á la embajada de Francia en Madrid en 1830, había pasado por todos los grados antes de ocupar el primer puesto, habiéndose distinguido á la vez en la carrera parlamentaria y en la diplomática. Nombrado director de asuntos comerciales en el ministerio de Negocios extranjeros en 1840, había sido elegido diputado por Melun en 1842. Tres años después, como votase contra el ministerio, fué destituido por M. Guizot; no siendo ya más que diputado, tomó una parte activa en las campañas de la oposición, y pocos días antes de la revolución del 24 de febrero firmó la demanda de acusación contra M. Guizot y los individuos del ministerio. Luis Napoleón, elegido presidente de la República, le confió la dirección de la diplomacia francesa.

M. Drouyn de Lhuys ha sido cuatro veces ministro de Negocios extranjeros: 1.º desde el 19 de diciembre de 1848 al 2 de junio de 1849; 2.º desde el 9 al 24 de enero de 1851; 3.º desde el 28 de julio de 1852 al 8 de mayo de 1855; y 4.º desde el 15 de octubre de 1862 al 1.º de septiembre de 1866. Uno de sus más distinguidos subordinados, el conde Bernard d'Harcourt, antiguo embajador, ha escrito: «Durante treinta años su casa ha sido el punto de reunión de todas las personas que han tratado directa ó indirectamente las cuestiones exteriores. Con la misma deferencia le rodeaban y consultaban hombres pertenecientes á los más diversos matices políticos; la cartera de Negocios extranjeros, que estuvo cuatro veces en sus manos, no se le retiraba al parecer nunca sino momentáneamente, y cuando los agentes de dicho ministerio no tenían que recibir sus órdenes, iban á pedirle parecer ó á preguntarle cuáles eran sus impresiones.»

He tenido el honor de servir á las órdenes de M. Drouyn de Lhuys, como